res que hace á la sociedad juguete de todo viento de doctrina; esa indiferencia religiosa que tiene por objeto neutralizar los principios católicos, simplificar todos los símbolos, amalgamar todas las creencias; esa indiferencia en mirar, con la mayor frialdad, que todas las opiniones, por contrarias que sean á las decisiones del Vicario de Cristo, tengan sin embargo sus apologistas y defensores, y que todo sistema por absurdo que sea tenga sus partidarios; esa especie de capitulación tácita, pero criminal y vergonzosa, que se hace de la fe verdadera con el error, capitulación con que, bajo pretexto de acallar algunas conciencias desalmadas ó depravadas, se minan los cimientos y se remueven hasta hacer bambolear las columnas de la verdad, dejando firmes y tranquilas las del vicio y la mentira. ¿ Quién no ve que esa indiferencia tiene necesariamente por legítimo resultado un ateismo funesto que echa por tierra todas las creencias, que destruye las bases de todo orden social, hace desaparecer todos los resortes de la vida moral, y arrancando los sólidos fundamentos de la verdadera fe, arrasa también los del bien vivir? Porque ino es la fe la que todo lo anima, la que da vigor y energía á todo? ¿No es el convencimiento lo que pone al hombre en acción? El hombre desprovisto de fe, nada practica, nada hace, y así como la realización de las grandes empresas tie-

ne por origen la firmeza de carácter, así también las virtudes heroicas y sublimes dimanan de principios sólidos y profundamente arraigados en la verdadera fe. Por consiguiente la indiferencia religiosa es incapaz de producir frutos provechosos, ni para el individuo, ni para la familia, ni para la sociedad. ¿Y cómo no ha de suceder así? ¿Acaso se ha sobrepuesto nunca el indiferente á las dificultades que se le han presentado? ¿Por ventura ha hecho algún verdadero sacrificio por el bien público? ¡Cómo! si la indiferencia ha sido, es y será siempre, signo característico de las almas débiles! Sí, el indiferente no vive de la verdad sino del error y de la mentira. La ciencia misma del indiferente (si ciencia puede llamarse) es nada, como nada son sus creencias, y corrompido por el vicio es imposible que produzca fruto alguno.

Por estos caminos de la indiferencia claro es que tiene que corromperse la pureza de costumbres, quedar debilitada y desamparada la fe, abiertas las puertas para que penetren por ellas, por mayor, los artificios de la seducción y del engaño. Corrompidas las costumbres y perdida la fe santa que nos legaron nuestros padres, no solamente nos labraremos nuestra condenación eterna como apóstatas que seríamos de nuestra religión, sino que perderemos además como mexicanos nuestro gran centro de unidad! Separándonos de la verdadera fe,

nos separamos al mismo tiempo del cuerpo de Cristo, cuyos miembros somos, y por consiguiente dejamos de ser miembros suyos; no vivimos por lo tanto del espíritu de Cristo, y no viviendo del espíritu de Cristo, no pertenecemos á Cristo; porque para pertenecer y ser de Cristo, es necesario vivir del espíritu de Cristo, es necesario la unión que sólo forma el lazo de oro de la caridad. Ni podemos tener tampoco la paz de Cristo, que consiste en la verdad, que es vínculo de unión, y no en el error, que jamás une y siempre divide. De la misma manera, abandonando la verdadera fe que hoy une á nuestra nación, y quedando por consiguiente divididos por el error con principios y creencias distintas, quedarán divididas al mismo tiempo sus fuerzas, se abrigarán en su seno elementos de disolución, y sirviéndose de ellos nuestros enemigos, perderíamos con el tiempo lo que hoy somos y valemos. Porque escrito está que todo reino dividido contra sí mismo será asolado. (Luc. XI. 17.)

¿Cuál será pues el remedio de los males que nos amenazan? ¿Qué resorte deberemos mover? ¿Qué medio emplear para atajar esos males que ya deploramos, é impedir que se aumenten? ¿En dónde deberemos buscarlo? En Jesucristo, pues Él es el camino, la verdad y la vida (Joann XIV 6), en su Santa Iglesia, en su divina doctrina, en la edu-

cación sólidamente cristiana. Así es como pondremos coto á esa indiferencia religiosa cuyos funestísimos efectos estamos ya palpando, opondremos un fuerte dique á ese torrente de inmoralidad que arrastra consigo honras, vidas, almas y haciendas. De ese modo salvaremos la unidad, y con la unidad de principios y doctrina católica, salvaremos la verdad, y con la verdad, á nosotros mismos y á la patria, y por este camino, y sólo por este camino, seremos verdaderamente libres, como nos lo ha enseñado la eterna verdad: Veritas liberabit vos: La Verdad os hará Libres. (Joan VIII. 32:) ¡Ay! la sociedad está hoy de tal manera extragada de vicios y maldades, que con verdad podemos asegurar que se están verificando en ella aquellas palabras de San Pablo: Bonam conscientiam, quam quidam repellentes, circa fidem naufragaverunt. Qué muchos por haber dejado el temor de Dios y échose sordos á las voces de la buena conciencia, han dado al través con la fe. (1ª Tim. I 19.) Y en otro lugar dice el mismo apóstol: Radix enim omnium malorum est cupiditas: quam quidam appetentes, erraverunt a fide. Que por la codicia y deseo insaciable de los bienes terrenales, perdieron algunos la fe. Pluguiera al cielo que no viésemos en algunos cumplidas al pie de la letra estas palabras del apóstol. (1ª Tim. VI 10.) Sí, venerables hermanos y amados hijos, el corazón

corrompido y depravado aborrece la virtud, busca doctrinas á su gusto y tiene por verdadero lo que es agradable á su estragado paladar; la voluntad arrebatada de las pasiones, ciega el entendimiento y acaba con el que abandona la fe. Para atajar este fuego que todo lo arrasa, es necesario reformar las vidas y enmendar las costumbres, y no hay para ésto ningún otro medio, ni más fácil ni más eficaz, que enseñar á los niños á ser cristianos desde su tierna edad. La Iglesia, Madre amorosa, tendrá entonces buenos hijos, y la Patria buenos defensores y excelentes ciudadanos. Bien comprendieron ésto todos los perseguidores del Catolicismo, pues el medio de que se valieron siempre para destruir y asolar de todo punto la fe de Jesucristo, fué el pervertir á los niños y criarlos con el odio á su Santa Iglesia, y así lo hacen hoy por desdicha nuestra, los enemigos de la religión verdadera.

Nuestra misión, por lo tanto, entre vosotros, será el enseñar la verdad y desviaros del error: Euntes docete... Y así como la Iglesia no ha dejado ni dejará jamás de desempeñor la divina misión de enseñar al mundo las verdades reveladas, á pesar de los gravísimos obstáculos que cada dia se le oponen, y de la indiferencia glacial, cobardía vergonzosa y deslealtad sin igual de muchos de sus hijos; así tampoco dejaremos de cumplir con nues-

tra misión de enseñar la verdad santa, la verdad una, á nuestros muy amados diocesanos. Para ésto, fundamos nuestras esperanzas en la misma verdad que siempre triunfa y en el favor Divino que es el único apoyo seguro y permanente. La protección de los hombres no es segura, y al mismo tiempo es transitoria y accidental. Bien presentes tenemos las palabras del Profeta Jeremías: Maledictus homo qui confidit in homine. Maldito el hombre que pone toda su confianza en el hombre (Jeremías XVII 5). Sin embargo, no queremos significar con ésto que no estemos dispuestos á aceptar el apoyo y deferencia que nos quieran prestar los poderes de la tierra. Al contrario, estamos lejos de confiar exclusivamente en el hombre, pero siguiendo las hermosas huellas del gran Pontífice Leon XIII, procurando imitar sus ejemplos, y teniendo además por norte de nuestras operaciones aquellas palabras del apóstol San Pablo: Omnibus omnia factus sum ut omnes facerem salvos: me he hecho todo para todos, para salvarlos á todos (Corinth IX 22), aprovecharemos gustosos y reconocidos los buenos servicios y la buena voluntad de esos mismos poderes, siempre que estén conformes con los principios católicos, y sean compatibles con nuestro decoro episcopal, á fin de remediar en cuanto nos fuere posible los males indicados y otros que omitimos consignar en esta carta en gracia de la brevedad.

Claro es, venerables hermanos y amados hijos, que siendo la verdad una é indivisible, no puede aliarse con el error; claro es igualmente que el error, ni ha tenido nunca, ni tiene, ni puede tener derechos de ninguna clase; cierto es también que ninguno puede servir á dos señores, como claramente nos lo manifiesta el Evangelio. Sin embargo, cuando se trata de las relaciones de la Iglesia con las autoridades constituidas, hay realmente muchas cosas en que ella puede valerse de los poderes terrenos para mayor gloria del Señor, utilidad de la religión y bien de las almas, y también la Iglesia bien puede proporcionar al poder civil tantas y tan excelentes ventajas en el orden temporal, como no le sería dado prestarlas mayores, si tuviese únicamente por fin directo y exclusivo el procurar la prosperidad de la vida presente, como nos lo dice terminantemente el Sumo Pontífice Leon XIII, y lo prueba con argumentos irrefragables en su admirable Encíclica sobre la Constitución Cristiana de los Estados.

Confiamos también mucho en nuestro Ilustre y venerable señor Dean y Cabildo, en vosotros, amados hermanos nuestros en el Sacerdocio, en vuestra valiosa cooperación para conseguir los nobles fines y realizar los santos propósitos que hemos concebido; más aún, sin vosotros no los realizaríamos, ó los realizaremos á medias solamente. Esperamos pues, que en vista de la escasez de clero,

nos ayudareis á formar en virtud y letras á los jóvenes á quienes el Señor se sirva llamar á trabajar en la viña de su Santa Iglesia, á que se empapen bien en el espíritu de una sólida piedad, y se revistan de ardiente y apostólico celo por la gloria de Dios y salvación de las almas. Porque sin este muro de defensa contra los asaltos de la incredulidad, se deja sola y abandonada la fe, y abierta la puerta á las perniciosas doctrinas; sin estos custodios de la moral, se corrompe la pureza de las costumbres, y el campo de la Iglesia no lleva frutos de virtud, sino malezas de todos los vicios: sin esta clase de maestros no habrá educación verdaderamente cristiana, ni doctrina sólida, ni quien descubra el error, desvanezca el sofisma y arroje hasta de sus últimas trincheras á los propagadores del error y enemigos de la religión revelada.

Confiamos igualmente en vosotros, padres y madres de familia, y esperamos que desplegareis el mayor celo por la educación religiosa de vuestros hijos, enseñándoles las verdades de nuestra santa fe, la doctrina católica juntamente con las obligaciones de cristianos; que procurareis conservar con exquisito cuidado ese gran tesoro que os ha confiado el Señor, y del que tendreis que dar un dia estrechísima cuenta. Temed no se verifiquen en vosotros aquellas palabras del Apóstol S. Pablo: Si alguno no tiene cuidado de los suyos y mayormente

de los de su casa, negó la fe y es peor que un infiel (1º Tim, V. 8).

Procuremos todos, venerables hermanos y amados hijos, estar unidos en el Señor, á fin de poder llenar nuestra misión cada uno en su estado y en su esfera; procuremos juntar el celo con la prudencia, porque el bien jamás se encuentra en los extremos; procuremos que la verdad esclarezca y alumbre los entendimientos, mas cuidemos al mismo tiempo que la caridad gane los corazones. En los proverbios (XIV 22) leemos que de la verdad y caridad reunidas dimanan todos los bienes. ¿De qué sirve la verdad sin la caridad á quien la predica y á quien la escucha? De nada, porque es un sonido vano y por consiguiente infructuoso. Tomemos muy á pechos, como más de una vez nos ha dicho nuestro actual Pontífice, el que la generación que se levanta y crece, á quien con tanta constancia tiene la impiedad por blanco, reciba educación verdaderamente cristiana, y que jamás le falte enseñanza religiosa.

Dígnese por tanto el Señor excitar en todos vosotros, venerables hermanos y amados hijos nuestros, el celo más ardiente por la salvación de la niñez y de la juventud, á fin de regenerar una sociedad que á pasos agigantados corre hacia su ruina. Pidamos todos al mismo Señor, por la poderosa intercesión de la Inmaculada Virgen María, Madre tierna y cariñosa del pueblo mexicano, bajo la dulce advocación de Nuestra Señora de Guadalupe, y por la intercesión de los Santos y Angeles tutelares de nuestra amada Diócesis, y también del gran Santo Ignacio de Loyola, en cuya festividad recibimos nuestra Consagración Episcopal, se digne concedernos, á imitación de dicho Santo, celo de la mayor gloria de Dios y bien de su Santa Iglesia, celo de la salvación de las almas que nos ha encomendado, celo por la instrucción y educación de la niñez y de la juventud, y finalmente, luz, acierto y gracia abundantísima para llenar cumplidamente nuestro santo y sublime ministerio.

Recibid, venerables hermanos y amados hijos, la bendición que desde el fondo de nuestro corazón y con la mayor efusión de nuestra alma os damos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo.

México, 31 de Julio de 1887.

Eulogio, Obispo de Antequeza.

Esta nuestra carta pastoral se leerá inter missarum solemnia después del Evangelio, en nuestra Santa Iglesia Catedral, y en todas las parroquias y demás templos de nuestra Diócesis, el domingo